

Michel Graulich

*Montezuma ou
l'apogée et la chute
de l'empire aztèque*

Fayard, París

1994

(Dos reseñas)

Primera

A partir de los años 1930-1940, paulatinamente, los historiadores fueron desdeñando el oficio de biógrafo. La influencia de la Escuela de los Anales —es decir, el afán de realizar una historia desde una perspectiva demográfica, económica y social, y la voluntad de rebasar los límites de una “*histoire-bataille*” enfocada exclusivamente hacia los personajes célebres— explica en parte esta evolución. De modo que los historiadores, especialmente académicos, dejaron a otros la tarea de narrar las vidas emocionantes, a veces picarescas, de figuras simbólicas del pasado. En la década de los 80, con el auge de la historia de las mentalidades,

esta tendencia historiográfica se modificó. Ilustran este cambio las reflexiones de Pierre Bourdieu, quien subrayó la necesidad de superar la supuesta oposición entre historia individual e historia colectiva.¹ El regreso de lo que podemos llamar “la moda de las biografías” se manifestó también en dos coloquios; uno tuvo lugar en Marsella, en 1988; y otro, en París, en 1989; los dos trataron los problemas a los que se enfrentan los biógrafos.² Mencionaré nada más dos ejemplos de esta evolución historiográfica: Pierre Goubert, especialista de las sociedades campesinas francesas en la época moderna, publicó recientemente un magnífico libro dedicado a Mazarín, en el cual retrata de manera detallada toda una época.³ Así mismo, al narrar la vida de San Luis de los franceses, Jacques Le Goff reconstituye la sociedad, la religión, el arte y el imaginario del siglo XIII francés.⁴ El brillante medievalista, hay que reconocerlo, dedica la mayor parte de su libro a la difícil búsqueda de la personalidad de Luis IX, más allá del estereotipo del rey y del modelo del santo.

Con la biografía de Motecuhzoma, de un cierto modo, Michel Graulich, estudioso acertado, meticuloso, de los mitos y de los ritos indígenas del México antiguo,⁵ sigue un camino parecido al de Le Goff. Resulta interesante que ambos historiadores se pregunten en qué medida se puede conocer al tema de estudio —un rey francés

del siglo XIII en un caso, y un soberano mexicana de finales del siglo XV y principios del XVI en el otro. El carácter oficial o hagiográfico de la mayoría de los documentos relativos a San Luis, en una época en la cual apenas se vislumbra el concepto de individuo, llevan a Le Goff a preguntarse si San Luis existió realmente. De la misma manera, Graulich se cuestiona sobre la posibilidad de hacer un retrato fidedigno de un personaje prehispánico a partir de fuentes a menudo partidistas y contradictorias.

La fascinación por la figura trágica de Motecuhzoma II, último rey electo de los mexicas, no podía sino atraer a los estudiosos del México antiguo. Sin embargo, como lo subraya Graulich:

Los especialistas del pasado precolumbino tienen una formación de arqueólogos o de antropólogos, no de historiadores. En cuanto a los historiadores, ellos se interesan por la conquista y por lo que le sigue, pero no por lo que precede. Además desprecian los mitos, siendo que éstos son esenciales para la historia que nos ocupa...

Valerse de los mitos para analizar los actos de Motecuhzoma constituye uno de los aspectos más novedosos del libro de Graulich. Ahora bien, si mi propia especialidad y mis intereses me llevan a favorecer el análisis mítico, en realidad, en esta obra, el hilo conductor es más bien la combinación de acercamientos complementarios, sea de tipo histórico, económico, social o mítico-religioso. Conviene destacar el manejo de la documentación realizado por el autor. Además del análisis de las fuentes del siglo XVI, y de su confrontación sistemática, Graulich no deja de mencionar los resultados de los estudios modernos.

1 *Choses dites*: 43, París, 1987.

2 Coloquio *Biographie et cycle de vie*, Marsella, 1988. “Problèmes et méthodes de la biographie”, *Actes du Colloque de la Sorbonne*, mayo, 1989.

3 Pierre Goubert, *Mazarin*, Fayard, París, 1990.

4 Jacques Le Goff, *Saint Louis*, Gallimard, París, 1966.

5 Michel Graulich, *Mythes et rituels du Mexique ancien préhispanique*, Académie Royale de Belgique, Bruxelles, 1987. *Quetzalcóatl y el espejismo de Tolla*, Instituut voor Amerikanistiek v.z. w. Antwerpen, 1988.

Este énfasis sobre las fuentes, necesario para cualquier trabajo histórico, tal vez sea aún más imprescindible cuando se trata de escribir la historia de un personaje del pasado mesoamericano. Sin negar los importantes avances de la historiografía en este campo, observamos que no desapareció aún la propensión a usar los testimonios antiguos sin proceder previamente a su crítica. Para el estudio de Motecuhzoma dispomos groso modo de dos tipos de fuentes: los escritos de los españoles, algunos de ellos testigos de los hechos; y los relatos de los indios, o de los religiosos que los transcribieron después de la conquista. Graulich considera que los primeros son más confiables que los segundos, lo que le ha generado críticas. Ahora bien, al examinar el libro de manera más detallada, el lector entenderá que este juicio no es producto de un a priori pro español, ni de un menosprecio por los relatos de los vencidos. Al contrario, Graulich no solamente aprovecha las diferentes versiones para tratar de reconstruir lo que fue la realidad de la conquista, sino también valora la perspectiva indígena, sin la cual muchos de los acontecimientos quedan inexplicables. Además, su "confianza" en las fuentes españolas no es de ninguna manera ciega. Nos demuestra por ejemplo que la *Historia verdadera de la conquista ...* de Bernal Díaz del Castillo, usada frecuentemente por historiadores que alaban la extraordinaria memoria del viejo conquistador, se tiene que manejar con mucho cuidado. Repetidas veces, Graulich sorprende a Bernal Díaz en flagrantes mentiras o exageración manifiesta. Miente cuando afirma que los mayas empezaron las hostilidades durante el primer contacto en el cabo Ca-

toche —se sospecha incluso que Bernal Díaz ni siquiera participó en la expedición de Córdoba—, o cuando narra que Cortés destruyó los ídolos de los totonacas de Cempoala. Frecuentemente el viejo conquistador exagera; lo hace al multiplicar el número de víctimas luego de un enfrentamiento con los mayas. ¡Hasta añade la mitad de un diente al uno y medio que perdió Grijalva en la batalla, según el reporte más confiable de Juan Díaz! Así mismo, Graulich señala las discrepancias entre los relatos españoles o los silencios significativos de algunos de ellos acerca de situaciones delicadas o comprometedoras. Sabemos que después de la destrucción de los ídolos del Templo Mayor, Motecuhzoma apremió a Cortés a abandonar Tenochtitlan, un hecho que el futuro marqués del Valle naturalmente calla en sus cartas de relación. Así puede echar la culpa de la rebelión azteca a la llegada de Narváez. Sobre las fuentes indígenas, la crítica de Graulich es de otra índole. Se trata de reconstituciones de los hechos realizados después de la conquista, muchas de ellas con el propósito de minimizar la resistencia al invasor o de presentar bajo el mejor rostro la colaboración con los españoles. En varias ocasiones, Graulich revela incoherencias en los relatos fundados en la *Crónica X*. Cita la anécdota de Diego Durán quien pretende que los conquistadores descubrieron en el palacio de Axayácatl a las esposas de Motecuhzoma, o a un grupo de jovencitas, no está claro, que se escondían de los ardores de los invasores. Y Durán añade

... no creo que la virtud de los nuestros fuese tanta que le aconsejasen que perseverasen en su castidad y

honestidad [...] Y si eran las mujeres de Motecuhzoma, tampoco es de creer que le hayan guardado fidelidad a un príncipe [...] preso y encadenado ...

Por supuesto que a nadie se le ocurriría salir en defensa de la castidad de los españoles. Sin embargo, como lo señala agudamente el autor, ¿cómo imaginar a Motecuhzoma escondiendo o bien a sus esposas, o bien a esas jóvenes, en el palacio mismo donde hospedará a los españoles! Limitadas para la reconstrucción del pasado, tal como la historiografía europea pretende hacerla, las fuentes de origen autóctono no dejan sin embargo de ser esenciales para aprehender los esquemas mítico-históricos prehispánicos utilizados para describir la conquista.

Pero regresemos a la estructura del libro; más de la mitad está dedicado al periodo que precede a la llegada de los españoles. Graulich empieza por una breve presentación de los mitos de creación y de la historia de los mexicas, prólogo indispensable para entender las reacciones de Motecuhzoma II y de su pueblo frente a los conquistadores. La educación del príncipe, su acceso al poder, las guerras de conquista, las reformas administrativas y religiosas de Motecuhzoma, así como su vida cotidiana, son descritos y analizados en la primera parte de la obra. Un poco a la manera de Jacques Soustelle, en su famosa *Vida cotidiana de los aztecas*, Graulich logra dibujar con erudición y elegancia un mundo indígena, algo diferente al viejo mundo que conoce el público francés, pero con el cual logra establecer sugerativas comparaciones. Precedida por presagios significativos, la llegada de las huestes de Cortés y los

primeros contactos con el mundo indígena son motivos para que Graulich ponga a prueba los diferentes testimonios y proponga, recurriendo a los mitos, nuevas interpretaciones de estos acontecimientos. Al analizar los primeros conflictos entre los indios y los conquistadores, y la alianza de estos últimos con Tlaxcala, el autor nos hace penetrar en la complejidad de las relaciones entre las principales fuerzas políticas del México antiguo para revelarnos cómo Cortés se aprovechó de estas divisiones. La estancia de los españoles en Tenochtitlan, el extraño e imposible co-gobierno de Motecuhzoma y de Cortés, y finalmente, el trágico desenlace de este periodo que culmina con la muerte del *tlatoani*, conforman la parte final del libro. Aquí también, las interrogantes abundan: la polémica sobre los autores del asesinato de Motecuhzoma es examinada por Graulich con cuidado antes de proponer hipótesis y respuestas.

Sería muy extenso detallar todos los temas abordados en este libro. Nada más mencionaremos algunos puntos que nos parecieron particularmente relevantes o novedosos.

Continuas durante el reino de Motecuhzoma Xocoyotzin, las campañas militares no se realizaban al azar sino que perseguían objetivos precisos: consolidar el imperio al integrar enclaves independientes, por ejemplo, en la zona de Oaxaca; y sobre todo, debilitar el Valle de Puebla, principal adversario de la triple alianza. En este contexto, Graulich analiza de manera detallada la famosa "guerra florida" de la época de Motecuhzoma I, guerra que ha generado numerosos estudios e interpretaciones. Ciertamente

que estas batallas rituales cumplían con el papel de entrenar a los soldados y de proporcionar a los dioses las víctimas destinadas al sacrificio. Ahora bien, Graulich destaca que la guerra florida permitía a la triple alianza controlar y aislar a sus enemigos, debilitándolos con enfrentamientos repetidos y eso bajo la apariencia de una ideología caballeresca. De hecho, con esta guerra de desgaste, parece que la población del Valle de Puebla disminuyó mientras aumentaba en otras partes del altiplano central.

El autor examina las reformas administrativas del rey que tenían el propósito de aumentar la coherencia del imperio, de controlar a los nobles —incluso a los de provincia cuyos hijos eran educados en la capital mexicana—, de reforzar la autoridad y el prestigio del poder central. La marca de Motecuhzoma se inscribió también en el ámbito religioso con importantes reformas. Una de ellas, el monarca cambió el año de la fiesta del fuego nuevo de Uno Conejo a Dos Caña. En efecto, los años Conejo habían sido años de hambruna y convenía empezar el reino bajo mejores auspicios. Además el año Dos Caña era el nombre de calendario de Tezcatlipoca, quien identificado con Huitzilopochtli, patrocinaba el quinto sol de los mexicas.

Lo que Graulich llama "una verdadera revolución religiosa" tuvo repercusiones significativas a nivel ritual, como el paso de la fiesta del fuego nuevo de *Ochpaniztli* a *Panquetzaliztli* y el nuevo significado asignado a esta última fiesta. Cuando recordaba el sacrificio voluntario de Nanhuatl-Quetzalcóatl, quien se transforma en sol, con la reforma de Motecuhzoma, la fiesta de levantamiento de bandera (*Pan-*

quetzaliztli) llegó a reproducir la victoria de Huitzilopochtli, sol de los mexicas, sobre las fuerzas de la noche. Esta sustitución de Quetzalcóatl por Huitzilopochtli tendrá consecuencias importantes cuando los españoles sean asimilados a Quetzalcóatl, que supuestamente regresaba para recuperar su reino.

Uno de los aportes más significativos de la obra de Graulich consiste en desmitificar la "cobardía" de Motecuhzoma frente a los españoles. Existen muchos testimonios que atestiguan que el *tlatoani* pensó que el imperio mexicano, rico pero decadente, estaba a punto de derrumbarse con el arribo de invasores llenos de vigor, y que el recuerdo de la caída de Tollan lo llenó de angustia. Ahora bien, Graulich demuestra que la imagen de un Motecuhzoma aterrado e incapaz de reaccionar es falsa.

En realidad, después de medir el poder de los recién llegados, por ejemplo, al provocar tal vez el ataque maya de Cintla, el rey mexicano adoptó varias estrategias con el fin de detener la marcha de los españoles hacia la capital. Entre otros métodos, Motecuhzoma recurrió a tácticas mágicas inspiradas en los mitos. Conviene citar un episodio enigmático que tuvo lugar mientras los conquistadores estaban en la costa. Motecuhzoma mandó a un personaje que se parecía tanto a Cortés que los propios españoles, divertidos, lo llamaron Cortés. Graulich descubre que el *tlatoani* esperaba sin duda reproducir la maniobra de Tezcatlipoca en Tollan, quien presentó ante Quetzalcóatl un espejo para confundirlo. Desgraciadamente, al conquistador no le afectó en lo más mínimo. Aparte, Motecuhzoma empleó recursos más drásticos, por ejemplo, la

matanza de Cholula, comúnmente citada para condenar la violencia gratuita de Cortés y de sus hombres. Según Graulich, varios elementos confirman la tesis de la emboscada: acusado por el conquistador, Motecuhzoma tuvo que confesar que había tropas suyas alrededor de la ciudad. Argumento capital, la guarnición española de Veracruz fue atacada en el mismo momento de la emboscada en Cholula. Graulich subraya, con justa razón, el interés táctico de este intento de acabar con los conquistadores. Era la última etapa antes de México, un lugar cerrado donde la eficacia del armamento español era menor y también, desde un punto de vista mítico, la ciudad de donde Tezcatlipoca había expulsado a Quetzalcóatl. Compartimos el juicio de Graulich quien añade que esta celada, aunque haya fracasado, honra a Motecuhzoma. Así mismo, el autor considera que durante la fiesta de *Toxcatl*, en la ausencia de Cortés quien había partido a enfrentarse con las tropas de Narváez, los mexicas pretendieron

deshacerse de los españoles que se habían quedado en la capital. Estos elementos y otros argumentos que añade Graulich contribuyen a revalorar la personalidad de Motecuhzoma. El orgullo y la tiranía del *tlatoani* se pueden ahora colocar entre los mitos que los vencidos de la conquista forjaron valiéndose de precedentes míticos bien identificados por el autor. La falta de respeto a los dioses, y hasta la voluntad de identificarse con ellos, provocan el castigo del rey transgresor, chivo expiatorio de la catástrofe que fue la conquista. Basándose en los testimonios de origen indígena, se difundió la imagen de indios indefensos y pacíficos, llenos de angustia frente a los invasores; indios que esperaron hasta el último momento para enfrentarse a esos españoles autores de matanzas gratuitas nada más para atemorizarlos. Esta imagen que transmitieran Las Casas y otros más, y que retomaran algunos historiadores deseosos de condenar la intervención europea, no se puede fundamentar. Graulich

rompe con este cliché, el cual dicho sea de paso es humillante y calumnioso para los antiguos mexicanos, y demuestra que los mexicas sí se defendieron y, sobre todo, que Motecuhzoma no fue el soberano asustado y cobarde que abandonó su imperio, sin pelear, a los extranjeros.

Para concluir, quisiéramos expresar el deseo de que este libro tenga un destino más afortunado del que tuviera su propio objeto de estudio. Con su traducción al español, requerida por un amplio grupo de investigadores, la figura de Motecuhzoma recobraría, en México, una imagen más conforme a lo que en verdad fue su vida y su lucha; esto es lo que nos revela la obra, ahora en francés, de este brillante biógrafo.*

Guilhem Olivier
CEMCA

Segunda

Desde lo alto del volcán se puede ver el mar, y en cuanto al humo; el volcán no es propiamente una chimenea, los gases se fugan por las grietas de sus paredes rocosas... El emperador escucha. Ha enviado esta expedición de hombres mal abrigados a lo alto del Popocatepetl, y ahora escucha: estar al tanto de lo que ocurre en todas partes, tener noticia de los secretos y prodigios que se es-

conden en rocas y barrancos son también nobles tareas del señor. Moctezuma escucha, acaso haciendo crujir el respaldo del equipal, acaso fumando una larga caña...

De noche, el emperador camina por una terraza de palacio y observa las estrellas. Con el dedo índice señala la constelación de Mamalhuaztli, Aries y el Triángulo. Cuidar de este mundo, traerlo a cuestras; y de esta gente también, traerla a cuestras y cuidarla, y ver que todo siga su

curso; así lo viene haciendo desde que vertió su sangre durante las ceremonias de ascenso al trono...

Por momentos parece que Moctezuma está allí. Sólo por instantes asoma el rostro el señor de los culhuas, siempre adusto, desde luego.

Graulich ha puesto a su libro *Montezuma*, un subtítulo prudente: *Apogeo y caída del imperio azteca*. Este libro no es propiamente una biografía, ni podía serlo. Es, primero, una historia de los mexicas, y una reflexión sobre su cul-

tura: el de Moctezuma es uno de los pocos nombres propios de esa historia; Moctezuma es la cabeza visible del poder, el primer soldado, el primer sacerdote, y, al parecer, el depositario de la suerte del imperio. Paradójicamente, cuanto más se habla de Moctezuma, más lejos se está de una persona: se sabe más de la vida del imperio, de la estrategia militar, del pensamiento mítico; pero, como en un mal sueño, la persona se aleja cada vez que estiramos la mano para tocarla.

Graulich hace lo posible por buscar entre las líneas de la historia los rasgos de un individuo que gobernó México Tenochtitlan a principios del siglo XVI; hace observaciones sobre su carácter y sopesa las descripciones ofrecidas por las fuentes, pero finalmente opta por explicarnos qué significa Moctezuma, qué significan los Moctezumas, qué visión de la historia y del tiempo construye las anécdotas que pretenden referirse a alguien llamado Moctezuma.

Hay dos momentos en los cuales podemos conocer verdaderamente a un hombre: cuando falla y cuando duda. Por eso el error y la vacilación son momentos centrales de una biografía; en ellos está el hombre. Y Graulich aprovecha los escasos momentos de ese tipo que se asoman por los resquicios de las fuentes. Moctezuma, asustado, castiga a los tlatelolcas que habían acudido al auxilio de México al ver su templo en llamas. Se precipitó, estaba preocupado, cometió un error.

Moctezuma considera la posibilidad de destruir el Templo Mayor y hacerlo todo de nuevo; también considera la posibilidad de usar la estructura existente y modificarla con nuevos y valiosísimos adornos. Fue ambicioso, va-

cilaba entre una y otra muestras de grandeza: de todas maneras, no hizo nada.

El episodio del Cincalco es extraordinario; Graulich no lo malgasta, nos permite verlo en todo su dramatismo: amenazado el imperio, Moctezuma decide emprender un viaje al más allá; desea introducirse en la cueva, en busca de los antepasados y de la oscura serenidad del refugio de Huemac. La ansiedad, el miedo, la fuga hacia un misticismo delirante... Pero Graulich no cae en la tentación de vendernos estos acontecimientos como parte de la vida de Moctezuma: los analiza y los descarta. Tienen más que ver con el juicio que las crónicas indígenas emitieron sobre Moctezuma, que sobre los acontecimientos de 1519.

En esa maniobra y en otra decena de ellas, Graulich da muestra de uno de los más rigurosos y finos ejercicios de análisis historiográfico. Pocas veces el investigador se toma la molestia de acompañar su trabajo de continuas reflexiones sobre la naturaleza de las fuentes y el valor de sus afirmaciones, como lo hace aquí Graulich.

También es meritorio su constante examen de las ideas vertidas en estudios contemporáneos.

Pero todos los historiadores sabemos que eso de la crítica de fuentes es delicado, y a menudo tenemos que mordernos la lengua, porque una fuente que nos parecía poco veraz o excesivamente sesgada nos proporciona de pronto un dato que se nos antoja necesario, y lo usamos. Así, Graulich desconfía frecuentemente de la *Crónica X*; dice que en ella hay una campaña de calumnias contra Moctezuma, pero se ve obligado a usarla porque ninguna otra fuente describe las campañas mi-

litares emprendidas por los *tlatoques* mexicas.

El hecho es que este libro proporciona una visión muy rica de la cultura mexica; prácticamente no queda un aspecto por tratar. Incluso el lector que desconociera por completo la historia prehispánica podría enterarse de los hechos más relevantes, conocer las instituciones y las prácticas sociales que les daban sustento y tener una noción del calendario, del ritual, y del pensamiento antiguos.

Además, el libro está bien escrito, ni siquiera le falta cierto sentido del humor y de la ironía. La narración de las campañas militares y otros sucesos es ágil e interesante. Se trata de una buena narración, pero también es mucho más que un ejercicio literario. Al final de cada episodio, Graulich acomete la interpretación con agudeza. Así, por ejemplo, nos habla de las ceremonias de investidura, pero no deja de reflexionar, con notable intuición, sobre los residuos gentilicios del boato imperial: allí parece haber ecos de la investidura de un *tecuhtli*.

Las reformas cortesanas de Moctezuma son examinadas muy detenidamente, para llegar a la conclusión, contraria a la opinión más extendida, de que, lejos de pretender premiar y beneficiar a la nobleza, las medidas estaban dirigidas a controlarla, a centralizar el poder y a hacer más efectivo el dominio sobre los señores de provincias.

Ningún dato presentado por las fuentes puede ser tenido, sin más, como un hecho histórico...

Ahuitzotl muere en 1498 al golpearse la cabeza con un dintel de palacio. He ahí un hecho histórico, ¿no es cierto? Y sin embargo, Graulich nos hace dudar de él cuando nos informa que Carlos

VIII de Francia murió en 1498 al golpearse la cabeza con un dintel de su castillo...

¿Qué oscura idea tenía el cronista indígena que decidió utilizar la anécdota francesa como un estereotipo para resolver el problema de la muerte del feroz *tlatoani* mexica?

La anécdota de Carlos VIII es graciosa, pero Graulich tiene sus baterías apuntadas hacia otra parte; lo de Graulich es el mito, y en su interpretación predomina claramente una línea de indagación: la búsqueda de los arquetipos y modelos míticos que están detrás de los hechos.

Casi toda la historia prehispánica, casi cualquier aspecto de la cultura mexica, pueden mirarse en relación con una explicación mítica del mundo. Muchos han criticado a Graulich esta visión, pero el tiempo parece darle la razón.

La mirada de Graulich es todo, menos inocente. Cuando se posa en la casa de fieras del palacio imperial, no mira solamente la variedad de especies, ni se conforma con la idea de que dichas especies expresaban el poder del señor sobre las regiones más distantes: aquello tiene que ver con el nahualismo, y con ciertas prácticas religiosas: cómo explicar, si no, que algunas fieras fueran alimentadas con carne sacrificial.

En una sociedad en la cual el pensamiento mítico está vigente, éste impregna, de alguna forma, todo hecho narrado. Para una cultura que busca incesantemente el equilibrio de cierto orden cósmico, el juego de las combinaciones y las compensaciones nunca termina. Y gracias a ello tienen trabajo muchos colegas.

En lo personal, me sorprende el descubrimiento de Graulich según el cual de los ocho presagios de la venida de los españoles presentados por los informantes de Sahagún, los cuatro primeros son de naturaleza ígnea; y los cuatro restantes, de naturaleza fría, acuática. Es decir, *teo atl tlachinolli*, la guerra misma.

En realidad, la propuesta que subyace en toda la obra es que la vida de Moctezuma, en el relato y en los hechos, está fuertemente influida por pautas míticas: el emperador, y la gente alrededor suyo, se comportan de cierta manera en virtud de su creencia en ciertos mitos y, a su vez, los relatos históricos someten los hechos a cierta cuadratura mítica.

Así, por ejemplo, la llegada de los españoles, en un año Ce Acatl, coincidiendo con la fecha del nacimiento de Quetzalcóatl, debe haber sido desconcertante, y explicaría en parte la confusión y los temores de Moctezuma. Por otro lado, la fecha de nacimiento de Moctezuma que dan algunas fuentes indígenas, 1467, un año Ce Acatl, no parece corresponder con la fecha real del nacimiento de Xocoyotzin, sino con el propósito de atribuirle al soberano una existencia de cincuenta y dos años exactos.

Si hubiera transcurrido más tiempo entre los sucesos y su registro, parece querer decir Graulich, la historia de Moctezuma estaría tan preñada de mito como la del propio Quetzalcóatl tolteca.

Muchos de los argumentos de Graulich son convincentes, incluso su original propuesta de una suerte de alternancia en el poder entre Quetzalcóatl y Tezcatlipoca. Moctezuma, asociado con

Tezcatlipoca, deja el poder; corresponde el turno a Quetzalcóatl: es el año Ce Acatl.

El principal problema que plantea esta explicación es, a mi modo de ver, el siguiente: nos encontramos con una historia regida por arquetipos míticos; ahora bien, ¿cuáles son los acontecimientos que fueron vividos por sus actores de tal suerte que coincidieran con sus convicciones míticas, y cuáles fueron modificados por los narradores para realizar la cuadratura?

¿Será que los hawaianos actúan en virtud de su convicción mítica de que hay una relación entre el capitán Cook y el dios Lono, o los narradores hawaianos explican la actuación de sus antepasados ajustando los hechos a ciertas pautas míticas?

¿Moctezuma cree que él es el sol descendente y la era que termina, o los narradores indígenas de aquella triste historia se refieren a su último gran soberano como un sol que se eclipsa, para explicar así el final de su era?

Lo que sí es muy probable es que Moctezuma no viera las cosas con optimismo en 1519. Graulich nos hace recordar que la piedra labrada en Chapultepec con la efígie de Moctezuma tiene la fecha Uno Caña, que debe ser la fecha en que se realizó la escultura. Se conoce que los *tlatiques* pedían que su imagen fuera esculpida en Chapultepec cuando presentaban la cercanía de su muerte.*

Pablo Escalante Gonzalbo

IIE (UNAM)